

Capítulo Dos - Persiguiendo la Luz del Sol

Las llamas del Barrio Industrial arremetían con intensidad, convirtiendo la nieve que caía suavemente en una llovizna constante que golpeaba suavemente el techo del carruaje. Johann conducía a Jonathan y Montgomery por calles abarrotadas de grandes transportes retumbantes, las delgadas ruedas del carruaje resbalando ocasionalmente sobre el empedrado húmedo. El cochero llevaba su sombrero bien ajustado sobre las orejas, sujetando con firmeza el volante con una mano y la palanca del acelerador con la otra.

Montgomery observaba, con sus propias manos temblando y su rostro canoso y robusto mirándolos con desdén. Jonathan sintió que la esquina de su boca se convulsionaba en una media sonrisa, pero en realidad no tenía ganas de sonreír. Su viejo amigo, el capitán Hardiman, había estado igual de incómodo siendo pasajero, prefiriendo caminar en lugar de dejar que otro controlara cualquier vehículo. Pero el capitán Hardiman no había regresado.

El carruaje pasó junto a edificios de ladrillos blancos, apiñados contra las paredes de la siderúrgica, donde solo la cálida luz de los faroles de gas lograba ahuyentar la oscuridad. Paradójicamente, la zona más oscura del Barrio Industrial eran las enormes chimeneas donde se extraía y destilaba el luminífero terrestre, cuyo bajo zumbido vibraba en los cristales del carruaje. Se elevaban desde el centro del barrio, columnas de vidrio y acero que, de vez en cuando, parecían parpadear por una descarga accidental.

Johann los guiaba con destreza entre las chimeneas, donde la armadura sombría de las guardias de la Corona bloqueaba las puertas que atravesaban la alta verja de hierro forjado, hacia el lado opuesto donde se extendían las industrias navieras, rodeando los escarpados acantilados de Haphan's Bluff. Las oficinas del astillero estaban en la cima, con mástiles de amarre que se proyectaban desde torres sobre ellos y descendían por la cara del precipicio. Los esqueletos de viejas aeronaves por terminar estaban apenas visibles como manchas iluminadas entre la lluvia y la nieve, pese a los potentes focos que alumbraban el acantilado. Detuvo el carruaje frente a Campbell Yards, apresurándose a abrir la puerta para que descendieran Jonathan y Montgomery.

—Gracias, Johann —dijo Jonathan, tomando una pequeña caja del banco del carruaje antes de bajar a las piedras mojadas por la lluvia.

—Por supuesto, señor —contestó el cochero, cerrando la puerta tras Montgomery. —¿Debería dar una vuelta por la manzana mientras usted ocupa sus asuntos?

—Me parece una excelente idea —asimió Jonathan antes de avanzar con paso firme bajo la puerta de hierro decorada que proclamaba el nombre del fabricante de motores. Montgomery se unió a él

mientras se apresuraban a escapar de la lluvia.

—¡Señor Heights! ¡Señor Montgomery! —Un caballero bullicioso, con bigote denso y vestido con una marrón y gruesa camiseta de cuero, los saludó con una sonrisa amplia desde la entrada, estrechándoles rápidamente las manos uno tras otro. —Soy Carter. ¿Entiendo que están interesados en nuevos motores?

—Sí, señor —respondió Montgomery. —Necesitaríamos cuatro, montados en cruz, de alta eficiencia para la clase de peso Imperious. Queríamos ver sus modelos.

—¡Excelente, excelente! —exclamó Carter con entusiasmo. —Ya los tengo en la sala, ¡sígueme por aquí!

Liderándolos más allá de oficinas con revestimiento de tabloncillos miceloplásticos, Carter usó una llave para abrir una pesada puerta de hierro, entrando con un gruñido y rodeándolos hacia un amplio almacén donde las piezas de los dirigibles colgaban en cadenas gruesas como la muñeca de Jonathan. Todo brillaba con el lustre plateado y gris de la carisium, el único metal recomendable para los dirigibles, y la cantidad que había allí impresionaba a Jonathan. Su última nave había sido principalmente de miceloplástico, salvo por la estructura de la envoltura.

El bastón de Jonathan resonó al impactar en el piso mientras lo seguía a Montgomery hasta el interior del almacén, donde una pieza de metal en forma de cigarro, tres veces mayor que un hombre, estaba montada en un aparato con un enorme manómetro en la parte superior. Carter ignoró a los otros trabajadores que ensamblaban, reparaban y pulían motores en el resto del almacén, gesticulando con entusiasmo hacia la pieza que claramente había preparado para ellos.

“Este es nuestro modelo más reciente, el Carter ocho-cero-uno,” expresó con orgullo. “Hemos reemplazado las bombas auxiliares por turbinas en línea—” Jonathan apenas prestaba atención mientras Carter exalaba las virtudes del diseño, más interesado en observar a las personas en el almacén. Campbell Yards tenía una excelente reputación, pero la desventaja de lograr que el Consejo Reflejado prestara interés en su negocio era que todos los demás también lo hacían. La complicación era inevitable, aunque el cuándo y dónde todavía permanecían en duda.

—y el cristal se temple usando una técnica novedosa que lo hace casi tan resistente como el carisio. Carter extendió la mano para golpear el panel de cristal que ocupaba casi toda la parte trasera del motor. Jonathan levantó las cejas y sostuvo su bastón, asintiendo hacia el motor.

¿Puedo? —preguntó.

Adelante, ¡seguro que te resultará difícil romperlo —dijo Carter con confianza.

Jonathan volteó el bastón, sosteniéndolo por la punta, y golpeó el vidrio con el mango metálico. Todos, salvo Jonathan y Carter, se estremecieron ante el sonido del impacto, que resonó en todo el almacén, pero el cristal permaneció intacto.

Impresionante —dijo Jonathan, y miró a Montgomery—. ¿Qué opinas, Capitán?

Oh, ella funcionará bien —respondió Montgomery, observando el motor con avidez descontrolada—. Si todo lo que dijo el señor Carter es cierto, la Endeavor podrá volar en círculos alrededor de cualquier otra en su categoría. Al menos, hasta que los demás actualicen sus modelos.

Señor Carter —dijo Jonathan, colgando el bastón sobre un brazo y levantando la pequeña caja—. ¿Podría decirme qué tan mejor podrían funcionar esos motores con uno de estos? Abrió la caja, revelando cuatro gemas luminíferas y, en menor medida, unos pocos discos de oro como adelanto.

Oh, ¡oh, Dios mío! Carter quedó prácticamente babeando mirando las gemas —dijo—. Creo que podemos probarlo ahora mismo. ¿Nos concede el permiso?

Por supuesto, si garantiza que no habrá daños —respondió Jonathan, sacando una gema de su soporte y cerrando la caja nuevamente.

Por supuesto que no —dijo Carter, casi ofendido. Giró y empezó a gritar, y en pocos momentos alguien trajo una mesa de trabajo y un par de personas se subieron al motor, abriendo la carcasa y trabajando en el interior. Uno de ellos extrajo un disco de casi un pie de diámetro, una red compleja de tubos de vidrio con conexiones de latón, y se lo pasó a Carter. Colocándolo sobre la mesa, tomó con cuidado la gema, abrió una abertura en el centro del disco y la insertó con cautela.

El disco fue devuelto al motor y un tanque de cristal lleno de zint, suspendido de los poleas en el techo, fue colocado sobre él y drenado en el interior del motor. Jonathan observó el proceso con interés, aunque no podía ver exactamente qué ocurría en el interior del motor. Solo alcanzaba a notar que el panel trasero comenzaba a brillar y el aparato de sujeción hacía clic mientras se ajustaba toda la holgura.

Carter empezó a girar un dial en el lateral del soporte del motor, y el brillo se intensificó. Jonathan extendió la mano, sin sentir nada por la luminiscencia, pero el indicador superior comenzó a subir. No conocía en detalle el diseño de los globos aeroestáticos, pero cuanto mejor funcionaban los motores, más rápido llegarían y menores los riesgos. El soporte crujió a medida que aumentaba la presión, hasta que el dial finalmente se estabilizó.

Eso es maravilloso —dijo Carter con un entusiasmo casi infantil, acariciando su bigote mientras observaba la lectura—. No creo que te importe decir dónde conseguiste esas gemas; las versiones sintéticas no son tan efectivas.

“Por el momento, no,” objetó Jonathan con calma. Carter se encorvó, desde su postura hasta el bigote, y apagó el motor. El dial cayó, y la montura gimió suavemente al volver a su posición de descanso. “Creo que estamos listos para confirmar la comisión.”

“Sí, no puedo esperar para ver esas en la Endeavor,” confirmó Montgomery.

“Entonces,” dijo Carter, recuperando su entusiasmo, “hay un pequeño asunto. Estas todavía son artículos restringidos y—” Jonathan metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la moneda, levantándola para que Carter la inspeccionara. El hombre dudó un momento al alcanzar a tomarla, examinándola cuidadosamente por ambos lados antes de devolverla.

“¡Todo en orden!” exclamó Carter, aplaudiendo con las manos. “Veo que trajiste un depósito, además de las gemas,” dijo, asintiendo hacia la caja que sostenía Jonathan. “Dame un momento y te escribiré un recibo.”

“Y me aseguraré de que estas gemas específicas se usen en nuestros motores,” afirmó Jonathan, sin que fuera una pregunta.

“Lo pondré en nuestro prestigio,” dijo Carter con firmeza. Jonathan asintió y buscó en el interior del bolsillo de su chaqueta un bolígrafo.

“Me alegra pensar que la Endeavor estará mejor que nunca cuando la reparen,” dijo Montgomery al salir de los Astilleros Campbell, dirigiéndose hacia la puerta principal donde debía estar estacionada la mula. “Es una nave maravillosa, y merecía mucho más que ser desguazada solo porque Su Majestad provocó problemas en Gillar’s Folly, sin advertir a nadie.” Montgomery meditó por un momento, con la cabeza inclinada bajo la lluvia.

Jonathan abrió la boca para responder, pero se detuvo, mirando hacia la oscuridad más allá de las gotas de lluvia iluminadas. Su bastón hizo un movimiento rápido hacia arriba, y la cuchilla amagada desapareció en la penumbra con un golpe metálico. Abrió la boca para advertir a Montgomery, pero se detuvo al ver que las manos del capitán ya habrían metido en su grueso abrigo y sacado unos puños de latón.

“¿Quién anda ahí?” exigió Montgomery, con los puños en guardia. “¡Te atraparé!”

“Cuatro,” murmuró Jonathan rápidamente. “Tres al frente, uno por detrás.” No terminó la frase antes de que los del frente se lanzaran hacia él. Montgomery, sin ingenuo, giró rápidamente y salió corriendo para enfrentarse a su atacante lateral, dejando a la mayoría de los agresores para Jonathan.

Había tres hombres con cuchillos, todos de piel rojiza y barba recortada, vestidos con uniformes azules de marinero. Notó que cada uno portaba una pistola, pero no la habían usado, quizás tratando de mantener la emboscada en secreto. La espada de Jonathan salió de su bastón con un siseo, y se lanzó hacia adelante, sin querer quedar rodeado. Aunque no sabía quién los había enviado, los emboscadores estaban muy mal informados acerca de quién enfrentaban.

Jonathan atravesó con la espada al primero en la garganta con un rápido movimiento de ataque, pero los otros dos poseían reflejos admirables y se acercaron con sus cuchillos, intentando entrar en el alcance de la espada de Jonathan. Aunque su amplia experiencia le favorecía, prefería nunca luchar en inferioridad de condiciones, así que retrocedió unos pasos rápidos, moviéndose de lado, y lanzó su espada para desviar otro cuchillo arrojado.

Un gruñido proveniente de atrás hizo que Jonathan se volviera momentáneamente, viendo que Montgomery había tomado la mano del cuchillo de su oponente y lo enfrentaba con la simple estrategia de propinarle repeatedly golpes en la cara. Motivado por la resistencia de su compañero, Jonathan centró su atención en sus propios adversarios: uno seguía avanzando mientras que el otro empezaba a sacar su pistola.

Abandonando cualquier intento de delicadeza, Jonathan avanzó de un salto y hundió su espada en el pecho del atacante más cercano, mientras con su otra mano aferraba la pistola del moribundo. El hombre emitió un ronco sonido, su aliento fétido rozando el rostro de Jonathan. Solo un instante le tomó liberar la pistola, y luego giró de lado, dejando que su espada y el enemigo cayeran al suelo.

Apuntó y apretó el gatillo; el zint vibró tres veces antes de que su último oponente se desplomara. La pistola era más potente de lo que Jonathan había esperado, dejando agujeros chisporroteantes en el torso inerte, y Jonathan la miró con respeto antes de guardarla dentro de su abrigo. Una mirada reveló que también había abatido a su rival Montgomery, quien seguía apretando sus nudillos en la cara ensangrentada del hombre con una determinación incansable.

Jonathan se agachó para recoger su espada y, tras un momento de reflexión, las armas restantes. No parecían tan impresionantes como en su última expedición, pero claramente la tecnología había sido perfeccionada en los años que había estado ausente. La sangre fluía sobre la piedra pulida por la lluvia y era arrastrada por el agua mientras caminaba hacia Montgomery, quien justo se enderezaba.

“Malditos parásitos,” murmuró el capitán. “Gente degenerada como esa da mal nombre a los pilotos.”

“¿Los conoces?” preguntó Jonathan, buscando con la vista la otra mitad de su bastón.

“Conozco su tipo,” gruñó Montgomery. “Su nave se hundió o los echaron. Muchos desesperados bien se ven en los muelles.” Movié una mano manchada de sangre hacia el rostro destrozado del aviador en el suelo. No estaba claro si todavía respiraba el que intentaba emboscarles. “Podrías contratar a diez de estos por una moneda de plata.”

La puerta principal de Campbell Yards se abrió y su seguridad salió corriendo, figuras de uniforme blanco emergiendo de la lluvia. Jonathan negó con la cabeza; si dependía de ellos, ya sería demasiado tarde. Por suerte, había aprendido a defenderse en la naturaleza, y por supuesto Montgomery era prácticamente un experto en peleas.

“Si pudieras ponerlos al día, capitán, me gustaría ir a comprobar la carreta,” comentó Jonathan. “Si han herido a Johann, me molestaré mucho.”

“Sí, tal vez puedan salvar a éste para interrogarlo,” dijo Montgomery, pateando suavemente el cuerpo a sus pies. Jonathan asintió y se apresuró a seguir por la calle. Por fortuna, Johann estaba inconsciente pero vivo. Alguien simplemente le había dado un golpe en la cabeza con una porra y lo había dejado allí, junto a la carreta en la orilla del camino.

Al ayudar a su cochero a ponerse recto, Jonathan reflexionó sobre el motivo del ataque. Había llamado la atención del Consejo Reflector y también había previsto la intervención de la Corona, pero ninguno de los dos tendría interés en eliminarlo y, además, serían más competentes en ello. Contratar a unos matones al azar parecía algo más amateur, aunque suponía que a estas alturas ya habría rumores. No era que Jonathan careciese de enemigos, ni entre otros exploradores ni entre académicos cuyas teorías chocaban con las evidencias recuperadas en las expediciones.

“Hablaré con Eleanor sobre esto,” murmuró para sí, y le dio una palmada en el hombro a Johann mientras se despertaba. “Ten calma, Johann, has recibido un buen golpe.”

“¿Qué... señor? No estoy seguro de quién...” Johann luchaba por hablar, y Jonathan lo ayudó a salir de la carreta, llevándolo a la calle húmeda y ventosa, ayudándolo a caminar un poco para que se recuperara, esperando que la llovizna en su rostro ayudara a Johann a recuperar sus facultades.

— Estarás bien, Johann — dijo Jonathan con una voz tranquila y reconfortante, a pesar de la furia volcánica que ardía en su interior por la osadía de alguien que se atrevió a atacarlo a él y a quienes apoyaban su labor. — Solo iremos directamente a casa y podrás descansar.

Johann intentó protestar, pero Jonathan logró acomodarlo en el asiento trasero del carruaje, apoyando su cabeza contra el frío cristal de la ventana posterior. Cuando Jonathan condujo torpemente hasta la verja, Montgomery aguardaba, con los hombros encorvados por el frío. Se apartó la mano de su bolsillo el tiempo suficiente para hacerles una seña y avanzó penosamente hacia ellos mientras Jonathan abría la puerta de la sección delantera.

— Me temo que Johann estará indispuesto por un tiempo — expresó Jonathan — ¿Te gustaría conducir? La cara curtida de Montgomery se iluminó, y se subió con entusiasmo mientras Jonathan tomaba su lugar junto a Johann en la parte trasera. Aunque tal vez la cortesía le había impedido hacerlo antes, ya no dudaba en aprovechar cualquier excusa para tomar las riendas.

Jonathan permaneció atento a cualquier otra emboscada en el camino de regreso, pero parecía que los forajidos habían sido lo único en ese momento. Lo cual sugería que quizás había sido algo improvisado, y probablemente los cuatro matones habían llegado directamente desde el muelle, a pocos minutos de distancia. No obstante, cuando Montgomery detuvo el carruaje en un concurrido estacionamiento en la calle cercana a la finca, Jonathan sacó una de las pistolas que había robado antes y se la entregó.

— Mejor ten cuidado al volver a casa. Es casi seguro que quien sea que esté ahí también te perseguirá a ti.

— Sí... — murmuró Montgomery, masticando la palabra mientras tomaba la pistola y la revisaba con una eficacia que evidenciaba que conocía mejor las armas que Jonathan. — Haré que mis hombres aseguren que la cabaña tenga buenos puestos de vigilancia. Como si fuera uno de esos puertos del sur.

— Es un plan excelente — dijo Jonathan mientras ayudaba a Johann, todavía adormilado, a bajar del carruaje. — Veré qué puedo hacer para que nadie más nos interrumpa.

— Como usted diga — respondió Montgomery. No mencionó que Jonathan había matado a tres hombres, lo que confirmaba, una vez más, su opinión sobre él. Ambos, capaz y discreto, eran exactamente el tipo de oficiales que prefería. Se despidieron frente al edificio de Jonathan, el capitán yéndose en busca de un carruaje contratado, mientras él ayudaba a Johann a subir las escaleras. Agnes abrió la puerta, nerviosa y sin decidir si debía tomar el abrigo de Jonathan o ayudar a Johann.

— Por favor, señor, ¿podría evitar problemas? — preguntó, algo exasperada, mientras colgaba sus abrigos. — Vamos, Johann, te prepararé la cena. Señor, tenemos un invitado en la salita. Creo que es de la Corona — añadió en voz baja —. Llevaba la insignia, y sus ojos... — se detuvo por un momento —. Me da una sensación muy mala, señor.

— Gracias, Agnes — dijo Jonathan —. Excelente trabajo, como siempre.

— Gracias, señor — respondió ella.

— Creo que me retiraré temprano si no me necesita, señor — dijo Johann, con la mirada más clara, aunque todavía fruncía el ceño cada vez que movía la cabeza. — Solo necesito poner hielo en esto.

— Adelante, llama a un médico — indicó Jonathan con asentimiento hacia Agnes. Ella asintió de nuevo y condujo a Johann hacia la cocina. Jonathan pasó sus dedos por su traje, a pesar de que no parecía estar despeinado, y verificó las pistolas que había conseguido. La visita del invitado podía esperar unos minutos, mientras atendía asuntos más urgentes.

Se dirigió por las escaleras al segundo piso, hacia su estudio, y al robusto arca fuerte ubicado en la parte trasera. Los revólveres fueron colocados en el compartimiento inferior para ser examinados con mayor detenimiento más tarde, y extrajo la bandeja de dinero de la parte superior. Allí había filas ordenadas de monedas de diversos tamaños: oro, plata, carisium y cobre. Con una pila generosa de las grandes monedas de plata para pagar al médico, devolvió el dinero al arca, lo cerró con llave y bajó a llevar el pago a Agnes.

— Si no le importa que lo diga, señor — dijo Agnes, tomando las pesadas monedas —. La próxima expedición que planea, parece peligrosa. Esa clase de personas pasando por aquí y Johann siendo atacado... Es que, la vez pasada, la situación se puso bastante tensa, señor. — Jonathan frunció el ceño. Aunque su patrimonio había estado en buen estado antes de la última expedición, tardó tanto en regresar que las finanzas estaban al borde del colapso.

— Sí, me aseguraré de que esta vez los preparativos sean más robustos — afirmó con seguridad —. Ya que dudo que a alguno de los dos le gustaría acompañarme.

— Ni siquiera piense en bromear con eso, señor — exclamó Agnes, con los ojos muy abiertos —. He vivido en Beacon toda mi vida y no tengo interés en andar más allá de los muros.

— No hay de qué preocuparse, planeo escribir una carta de presentación para la familia Wagner, tanto para ustedes dos — explicó. Los Wagners no eran tanto sus amigos como los de su padre, pero seguían manteniendo una relación cordial. La mayoría de los amigos de Jonathan no habían regresado tras esa expedición, desastrosa.

— Oh, gracias, señor — dijo Agnes, y realizó otra cortés reverencia antes de dirigirse a enviar un mensaje al médico. Jonathan respiró profundo y se preparó mentalmente antes de cruzar al salón principal.

El visitante se levantó al entrar Jonathan, apartando uno de los libros que Samuel solía colocar en el atril. Aunque esperaba algo inusual, no había pensado que el visitante fuera tan joven. O al

menos eso parecía, porque parecía no tener más de dieciséis o diecisiete años, pero al moverse lo hacía con la gracilidad inconsciente de alguien doble de su edad. Como Agnes había advertido, sus ojos eran de un pálido azul con pupilas blancas. Independientemente de su edad, vestía el uniforme blanco y azul adecuado, con la antorcha y la corona bordadas en él.

— ¿Se llama Mister Jonathan Heights? — el extraño le tendió la mano, y a pesar de que algo en él le producía un escalofrío en la nuca, Jonathan la tomó. — Mi nombre es Antomine. Me uniré a su expedición, por orden del Rey Iluminado.

— Mencionó que enviaría un representante — dijo Jonathan estrechándole la mano a Antomine. La firmeza de su agarre era notable, aunque no aplastante. — Aunque no quisiera afirmar nada, ¿tiene usted credenciales?

— ¡Oh! — exclamó Antomine, con una sonrisa que le resultó completamente juvenil, más acorde con su rostro, y llevó la mano al collar que tenía alrededor del cuello, extrayendo un amuleto que escondía debajo de su uniforme. Tenía una de las monedas levemente luminiscentes que Jonathan había recibido del Rey Iluminado.

— Eso será suficiente para verificar su identidad — admitió Jonathan, haciendo que Antomine volviera a su silla y tomando asiento en el sillón opuesto. — Debo confesar, sin embargo, que no tengo muy claro cuál es el interés del Rey Iluminado en mi expedición. Nadie con quien he hablado realmente cree en la luz del sol, y aunque así fuera, ningún fenómeno en el borde este del mundo parecería tener mayor importancia.

Las razones de mi señor son suyas propias,* dijo Antomine, con el rostro adoptando una expresión seria que no correspondía con sus facciones juveniles. *Pero Su Majestad siempre ha tenido un interés profundo y constante en desvelar los secretos más allá de los límites de la humanidad. Sus ojos pálidos brillaban con una luz encendida de celo. Y no sería la primera expedición en la que Su Majestad haya colaborado, de manera manifiesta o encubierta.*

Jonathan apretó la mandíbula para contener varias respuestas oídas, pero la confirmación de que la Corona traía una agenda secreta a bordo de su embarcación resultaba bastante incómoda. Un simple soldado, observador o incluso un adulador podrían ser manejados, pero Antomine parecía actuar con un carácter más directo, siendo, por encima de todo, un agente más cercano de la Corona, por la simple incomodidad que lograba generar.

—Quizá prefieras explicar mejor cuál es tu papel en la expedición —dijo Jonathan, recostándose en la silla mientras Agnes ingresaba con una bandeja que llevaba dos copas y una jarra de cerveza—. Gracias, Agnes —agregó—. ¿Ya has cenado? Preguntó a su invitado, no solo por cortesía. Era mucho más fácil obtener información de alguien durante una comida que cuando estaba en guardia.

—Aún no —respondió Antomine, animándose de la manera que los jóvenes suelen hacerlo cuando hay comida en camino—. No puedo precisar su edad exacta, pero parece estar entre la de un muchacho de mejillas cubiertas de vello y la de un adulto astuto y calculador. Peor aún, no podía determinar si alguna de esas facetas era una pose.

—Una cena para dos, por favor, Agnes —dijo, y su doncella hizo una reverencia en respuesta. —¿Y cuál es tu papel? —preguntó a Antomine, incitándolo—. Esto no es un simple viaje de dos o tres semanas a una ciudad fronteriza. Durará meses. Espero regresar a Beacon en más de un año. En privado, incluso pensaba que esa estimación era optimista.

—Principalmente me he formado como capellán —explicó Antomine, observando cómo Jonathan servía cerveza para ambos—. Además de mis funciones como sacerdote, tengo cierta destreza en idiomas y en armas, ya sean pistolas, rifles o incluso cañones. —Alzó la copa y bebió un largo trago antes de colocarla sobre la mesa y mirar directamente a Jonathan—. Y no toleraré ninguna corrupción de las criaturas que habitan en la oscuridad. La humanidad pertenece a la luz, y todos los secretos abominables que la apartan deben ser eliminados.

Las palabras de Antomine le atravesaron como una cuchilla en el cuello, una certeza súbita de que hablaba directamente de él. De él mismo. No estaba seguro si ese pensamiento provenía solo de su conciencia culpable o si Antomine conocía más de su pasado de lo que parecía posible. Sea cual fuera, aquel joven representaba una amenaza mucho mayor a la que había imaginado al principio, pero no podía hacer nada al respecto. Al menos, no dentro de los muros de Beacon.

—Eso tiene bastante sentido —dijo Jonathan, controlando su voz para sonar ligeramente aprobatorio—. Estoy seguro de que los hombres agradecerán tener a alguien así cuando salgamos más allá del mapa.

—Esa es mi esperanza —respondió Antomine con una sonrisa que parecía carecer de humor—. Sabía que entenderías cuando vi tu colección. Es una exposición fascinante de lo que puede encontrarse allá afuera, aunque todo bastante seguro.

—Sería imprudente mostrar en ese lugar cualquier objeto polémico a la vista de cualquiera —contestó Jonathan, eligiendo con mucho cuidado sus palabras—. No intentaré convencerte de que nunca he visto cosas similares, pero nunca he considerado valioso jactarme de ellas.

Antomine se rió entre dientes, cualquier respuesta que pudiera haber dado fue interrumpida por Agnes que regresaba con dos platos sobre una bandeja. A simple vista, pudo notar que Agnes había puesto un cuidado especial en ofrecer los mejores cortes del filete de vacuno, y los floretes de naranja habían sido dispuestos con buen gusto, con un poco de reducción vertida sobre ellos. La presentación era más artística de lo habitual, pues Agnes reconocía que su invitado era alguien de mayor jerarquía que la que Jonathan solía alojar.

“El médico pasó por aquí, señor,” dijo Agnes en voz baja.

“¿Algún problema?” preguntó, muy consciente de que Antomine escuchaba la charla.

“No, señor, solo una emplastilla y que no se tome alcohol fuerte por unos días,” respondió Agnes.

“Muy bien,” dijo Jonathan, sintiendo una especie de alivio en su mente. Las heridas en la cabeza podían ser engañosas. “Gracias, Agnes.”

Ella hizo una cortesía y salió rápidamente, claramente incómoda con la presencia de Antomine. Él apenas lo culpaba. Incluso la forma en que Antomine cortaba la carne tenía un aire extraño: enérgico, pero preciso y concentrado, más allá de lo que el acto simple requeriría.

“¿Problemas en la casa?” preguntó Antomine con un tono suave, clavando un trozo de carne en su tenedor y llevándoselo a los labios. Jonathan lo miró por un momento y decidió aprovechar las conexiones del hombre. Quizá sería más rápido y fácil que hacer que Eleanor investigara el asunto.

“Nosotros — eso es, el capitán Montgomery y yo — nos enfrentamos con unos delincuentes fuera de Campbell Yard. Creo que dejamos a uno vivo, pero mi chófer resultó herido, así que dejé todo en manos de la seguridad del astillero.”

“Eso es ciertamente deplorable,” dijo Antomine, mirando a Jonathan con interés.

“Así es,” contestó Jonathan, en parte anticipando la falta de sorpresa de Antomine. “Considerando el interés del Reino en esta expedición, me pregunto si no podría solicitar que un inquisidor se acerque por allí.”

“No sería correcto que fallaras en el primer obstáculo,” aceptó Antomine, cortando otro bocado de carne. “Enviaré a alguien para que investigue. Aunque tienes más que suficientes personas que desean verte caer.”

“Soy consciente de ello,” afirmó Jonathan en tono breve. Aunque no fuera culpa suya, aunque hubiera asegurado que las personas adecuadas recibieran su justa remuneración, el hecho es que él era el único sobreviviente de la última expedición. La última suya. Había bastante rencor acumulado. “Pero, sí, transmite mi gratitud a quien lo tome en cuenta.”

Durante un tiempo, la conversación giró hacia temas menos amenazantes, como si la glaciología había traído una nevada más abundante de lo usual — lo cual no fue así — y sobre la última publicación de Marvin Press acerca de la historia de Beacon, un tema que Jonathan solo había hojeado. No era apropiado discutir trabajo real durante una comida, pero Antomine elegía temas que no tenían mucho contenido, lo que solo hacía que el ambiente se volviera más tenso. Jonathan tuvo que seguir revisando su opinión sobre el hombre, no solo en cuanto a lo peligroso que podía ser, sino qué tipo de peligro representaba.

“Gracias por la comida,” dijo Antomine finalmente, dejando a un lado su copa. “Esta charla ha sido muy instructiva. Tal vez pase de vez en cuando para verificar cómo van los preparativos, pero no creo que sea necesario intervenir directamente. Sin embargo, asegúrese de que haya un lugar para mí y dos acompañantes a bordo del Endeavour.”

“Eso no será problema,” mintió Jonathan. Que le asignaran tres agentes no deseados del Reino era una carga considerable. Él había planeado no más de seis pasajeros, ocho en privado, y eso contando con las sombras inevitables de Eleanor. La Junta no permitiría que ella embarcara sin acompañantes, y esperaba que sus acompañantes compartieran la misma forma de pensar y antecedentes que Eleanor — no le agradaría que ella fuera la única mujer en la expedición.

“No lo esperaba. Después de ver el diseño actualizado del Endeavour, sabía que habría bastante espacio,” sonrió Antomine ampliamente. Jonathan inclinó la cabeza, pero no dijo nada. Él mismo no había visto los planos desde que, hasta donde sabía, aún estaban siendo elaborados por el ingeniero de los Astilleros Marshall.

Con ese giro en la puñalada, Jonathan se despidió de Antomine, quien tomó su sombrero de ala ancha de Agnes y bajó con paso despreocupado por las escaleras hacia la calle. La carreta, brillante de blanco bajo las farolas, era el modelo más reciente y llevaba en reluciente escudo el torch y la corona de las armas reales. Jonathan exhaló profundamente plenamente, esperando en vano no ver los ojos con pupilas blancas al volver la vista.

“Tenías razón, Agnes,” dijo mientras cerraba la puerta. “Él también me inspira mala sensación.”

Revisión #1

Creado 6 septiembre 2026 07:35:59 por Jessica Jones

Actualizado 6 septiembre 2026 07:35:59 por Jessica Jones